F2325
.C362
G6

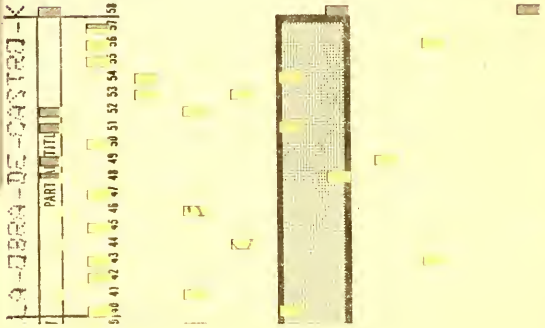
LA OBRA DE CASTRO
Y LOS
HOMBRES DE CASTRO

ESTEBAN D. GONZALEZ

UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA

BOOK CARD

Please keep this card in book pocket



THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

F2325
.C362
G6

This book is due at the LOUIS R. WILSON LIBRARY on the last date stamped under "Date Due." If not on hold it may be renewed by bringing it to the library.

DATE DUE	RET.	DATE DUE	RET.

Form No. 513

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/laobradecastroyl00gonz

ESTEBAN D. GONZALEZ

La Obra de Castro
Y Los
Hombres de Castro

LA GUAIRA
TIP. "LA EQUITATIVA"
—1904—

RC
C
F2325
.C362
36

ESTEBAN D. GONZALEZ

A mi querido compinche mi buen amigo Max-Lores. Recuerdo de cariño de

El Autor

La Obra de Castro y los Hombres de Castro

LA GUAIRA
TIP. "LA EQUITATIVA"
—1904—

Dedicatoria

Este humilde trabajo literario, que no tiene otro valimiento que el asunto de que trata, que de suyo es grande y noble, me permito dedicarlo, con todo respeto,

al General JUAN VICENTE GOMEZ, que refrenda en todas ocasiones la poderosa sublimidad de la Causa Restauradora y de su Invicto Jefe;

al General R. TELLO MENDOZA, que con maestra pluma y brillantes concepciones, eterniza en el libro los hechos culminantes de esta magna cruzada;

y á mi respetado amigo Don MIGUEL I. LEICIBABAZA, cuya actividad y cuyo talento están, del todo, adscritos á las glorias de la Restauración Liberal y al buen nombre de sus conductores.

Esteban D. González

Soy poco amigo de entonarle himnos al éxito, ocasional y momentáneo, de aquellos que, por un rasgo de mediana audacia ó de fortuna, logran, y eso por corto tiempo, alzar la medrosa cabeza por sobre unos cuantos incapaces.

Las nulidades que surgen al acaso tienen la irradiación fugaz del meteoro. Cruzan veloces y van á desaparecer apagadas en los antros del vacío, de donde no volverán á salir jamás, no dejando atrás ni un rastro de luz, ni un recuerdo, ni nada.

Aparecen y desaparecen por una sucesión de tiempo, á manera de paréntesis en la vida de las naciones, hasta que, del seno mismo de la decadencia general, brota, de pronto, subyugador y atrevido, un hombre que lleva en el cerebro todos los resplandores del Genio; en el corazón, todas las energías y todo el coraje del Héroe; en los labios, la doctrina de todos los deberes y la palabra dulce que inculca el amor á la Patria; y en las manos, alternativamente, la espada flamígera que liberta al hombre, y el freno poderoso que domeña al vicio y lo aniquila, enmienda ó destruye las pasiones infamantes y amansa ó extermina todas las anarquías.

Para esta clase de hombres, los Predestinados, es que yo reservo mis himnos de alabanza, porque son los únicos que despiertan, en absoluto, mi admiración.

¿En qué escuela aprendieron á dominar todas las voluntades, ora por la persuación, ora por la fuerza? ¿En qué escuela aprendió el cóndor á alzarse al cielo? Lo atrae la inmensidad del infinito, ama la altura, se siente capaz de remontarse y tiende, leve, el ala hasta encumbrarse rápido Lo guía una noción de suficiencia. La intuición del propio valimiento, el impulso, es asimismo la escuela del Genio. Ello es la resultante del mismo desquiciamiento general, así como el huracán es el producto del desequilibrio de las capas atmosféricas y la tempestad es el término de las revoluciones de las nubes.

¿Qué fuerza forjó el rayo, creó el ciclón, produjo al Héroe? La fuerza misma de los sucesos, y por sobre ella Dios, que lo prevé todo, que todo lo hace matemáticamente De otra suerte, el enrarecimiento del aire, aumentado sucesivamente, traería la asfixia de todos los seres que derivan su vida de la respiración del oxígeno; el desequilibrio contínuo y amontonado de las capas atmosféricas, fuente de cataclismos, ocasionaría infinitos trastornos en la marcha regular del planeta; y la desorganización, la anarquía y el desbarajuste de las naciones, producirían la extinción de los pueblos. El organismo nacional, como el humano, está sujeto á duras pruebas. La perturbación del uno, como la del otro, reperente sobre los centros de la vida, y puede agravarse hasta tal punto que haga del hombre un cadáver, de la nación una esclava: sólo puede impedirlo un agente supremo; para el organismo humano dan remedio las ciencias: para el organismo nacional lo da la Divinidad.

Los Héroes no se improvisan. Ellos nacen con la predestinación de formar ciclos en el mundo y asombrar á la humanidad, cuyo provecho los inspira.

Alejandro, César, Napoleón, Washington y Bolívar, desde que vieron la primera luz, venían tocados por el dedo de la Providencia para llenar la Historia con hechos legendarios, cubrir su frente con rayos de gloria, y perpetuarse en el mundo, por la admiración en el corazón de los hombres, y por el bronce y el mármol, en las ciudades populosas.

Esos hombres no han sido favorecidos por la suerte, como suponen los que creen en esa caprichosa maga; nó. Ellos, simplemente, han sido escudados por el Dios que los creó para un fin superior, para llenar una alta misión, sacrificándose por el bien de los demás, ó aniquilando cuanto constituya daño, cualquiera que sea la faz que revista.

Así como esos hombres, han surgido, del seno mismo de la decadencia, Porfirio Díaz en México y Cipriano Castro en Venezuela.

Ambos países, aunque en épocas distintas, gemían bajo el peso aterrador del desquiciamiento nacional; la anarquía señoreaba triunfante con todos sus funestos atributos; la miseria castigaba todos los hogares; el fanatismo religioso y de partido obscurecía los cerebros y devastaba los campos y las ciudades y, mientras tanto, la planta grosera y deshonradora del extrangero amenazaba violar hasta en su corazón el sagrado de la Patria.

Era el cáos! .....

¡Se necesitaba la mano de Dios, y allá surgió Porfirio Díaz, que engrandeció el país de los aztecas, bajo su *tiranía ilustrada*, como la ha llamado alguien, y aquí Cipriano Castro, que ha restaurado la patria de Bolívar y la está reedificando hasta en los cimientos de sus costumbres! La Restauración, combatida, pero ineludible, acabará por implantarse tan amplia

y gallarda como fué soñada. Su evolución, entre tantas contrariedades formidables, se va realizando. Su desarrollo ha sido como la curva de una espiral: en cada vuelta abraza más extenso radio, abarca mayor horizonte, deja ver, cada vez más, la grandiosidad de sus ideales.

PORFIRIO DÍAZ es hoy un astro que declina hacia ese Ocaso del cual no se levantará más; y, en cambio, CIPRIANO CASTRO es un sol esplendoroso que aún no ha llegado al cenit de su carrera. Es decir: Venezuela está ahora comenzando, de nuevo, su engrandecimiento; pero con más vigor y más entusiasmo que nunca, después del duro paréntesis de retroceso que los vampiros de la Patria le habían impuesto.

Venezuela, hermosa, pero débil india americana, en cuyas exuberantes carnes han hundido sus garras de buitre más de un improvisado caudillejo, en contubernio estúpido con lo más ruin y más soez del país, no sólo se ha sentido herida por la perversidad de sus propios hijos, sino que, por esa misma causa, se ha visto profanada por la baba, lujuriosa de envidia, que vinieron á dejar en nuestras costas, los áulicos de la codicia extranjera.

Para contrarrestar esas contingencias, creó el Supremo Artífice á CIPRIANO CASTRO, el cual, al aparecer en la cordillera andina, con todos los esplendores del *fiat lux* de la leyenda bíblica, debía cambiar su humilde espada de soldado por la espada de fuego conque fue armada la mano de ángel que debía poner á raya á los pecadores del Paraíso.

CIPRIANO CASTRO es un centro de poderosos nervios en vibración constante; un cuerpo incansable, convertido en laboratorio de una infinidad de ideas levantadas y de nobles propósitos; un carácter inflexible amparado por la serenidad de un espíritu indomable que lejos de temer el peligro, lo desafía: que en vez de agotarse en la lucha, toma mayores

proporciones y se siente fortificado al contacto mismo de las contrariedades; que no se anonada ante la traición, sino que se yergue en presencia de ella, se subleva, estalla y la aplasta; para el cual no existen los conflictos ni los problemas difíciles, por que, con su mirada de águila, los analiza al pronto y los resuelve rápidamente, haciendo uso de la espada ó de la pluma, según la forma en que se le presenten; CASTRO es, en fin, la grandiosa conjunción de la voluntad y de la energía, en su más absoluta extensión, encarnada por la mano de Dios en el cuerpo de un hombre que tiene á su disposición los rayos de Júpiter para los campos de batalla, y la sabiduría de Minerva para las labores de la paz. Así lo hemos visto, inflexible y resuelto, desplegar sus aptitudes de guerrero en los fragorosos combates á que lo han retado los agitadores del pueblo, los eternos perturbadores del orden público; caracterizado y enérgico cuando lo exigió la dignidad nacional; y, sereno y pensador, desarrollar, luégo, el impulso inicial de ese colosal movimiento de innovaciones y reformas que, cambiando la faz de la República, la lleva hacia el progreso.

CASTRO, como CRISTO, y como WASHINGTON y como BOLÍVAR, nació con predestinación redentora, y su alta misión se está cumpliendo, aunque á despecho de todos los mercaderes del honor patrio y de todos los Iscariotes de la política, á quienes no queda más camino que ir á borrar sus faltas en la salvadora piscina del arrepentimiento, ó vagar errabundos, sin patria y sin hogar, como el hebreo Samuel, al impulso inconsciente de un espíritu poseído del mal, cargando angustiosamente el infamante fardo de sus propias delincuencias, de sus prevaricaciones, de sus iniquidades!

Recia tarea es la de amansar tigres y hacerse admirar y respetar de los lobos....¡que no otra cosa

que tigres y lobos son los pueblos que convierten en necesidad el instinto de revuelta, en habitual costumbre la guerra, la deslealtad, la anarquía y la traición!

Cualquiera es un buen pastor para manejar rebaños; pero son muy contados los hombres que tienen alientos de gigante para dominar las hordas que han perdido la noción de la dignidad y del patriotismo, tornándose en fieras apandilladas á quienes hay que civilizar, que ahuyentar ó que destruir. No hay que dudarlo: férrea mano se necesita para contener el desastre; las contemplaciones dificultan y á veces demeritan el éxito. De frente, y sin temor, van al triunfo los seres superiores: ¡el león no ha menester la flexibilidad de la sierpe!

Para contrarrestar las grandes decadencias es que el Supremo Director de los mundos crea hombres de la talla moral de Cipriano Castro, que unas veces convencen, otras aniquilan; á su voluntad levantan á la hija de Jairo ó castigan á los inicuos mercaderes, ¡pero siempre edifican, edifican siempre para el bién, sobre la hidra misma de la perversidad!

El General Castro es la noble reencarnación de todas las almas superiores que le han precedido en la senda de las redenciones humanas. Con él, los hombres que tienen fe en sus designios, y, fortificados por ella, lo acompañan sin vacilar, llegarán al Thabor del engrandecimiento nacional; así como los irredentos empecinados serán condenados, indefectiblemente, á revolcarse en el montón de los réprobos; y los pusilánimes y los incapaces, cuyo concurso es menguado en todas ocasiones, tendrán que copiar la triste escena de la mujer de Lot cuando huían de la maldita Pentápolis.

¡Adelante! ¡adelante! ¡siempre adelante! es el lema de Castro. Los hombres que él ha forma-

do en esa escuela, lo siguen, como sigue la luz en pos del rayo, porque es el rayo mismo el que va produciendo la luz; lo acompañan, atraídos por su esplendor, por su irresistible poder, como los planetas que pueblan el firmamento, los cuales, sostenidos en el espacio por la poderosa atracción del Sol, recorren sus respectivas órbitas, brillando con la luz que les da el rey del día, y llenando cada uno la misión que, en su camino de resplandores, les está encomendada.

Castro es el sol de la Restauración Liberal; y, para figurar en el magnífico plano de su sistema, se necesita ser astro, ó tener condiciones de planeta, para recibir la luz y no ahogarla sino esparcirla sabiamente y, si es posible, aumentarla con algo de irradiación propia, llevando claridades á todos los puntos de la trayectoria que recorren.

¡ Cuántos de los que él ha hecho brillar se han apagado para no volver á brillar jamás! Estos son los meteoros de la política; los hombres cuya fe vacila de continuo, cuyas convicciones están fabricadas sobre arena, y cuya lealtad, frágil y movediza, no puede entrar en lucha franca, leal y resuelta, con la de aquellos que, á toda hora, en todo tiempo y en todas partes, van con el Jefe á donde éste vaya, sin la vacilación imprudente de una pregunta siquiera; van hacia el porvenir sin ocuparse de averiguar qué hay en él, porque van en pos de Castro, que derrama luz, que fulmina á la maldad, que impone el progreso, que hace suyo el triunfo, cualquiera que sea el combate; que se compenetra de las grandes necesidades de la Patria, y con mano providente la levanta para hacerla próspera y feliz; que avanza apartando de su camino de gloria á aquellos que no lo entienden, que no secundan sus grandes ideales, que no saben fecundar la semilla que él inculca en el espíritu nacio-

nal, que en fin, se vuelven todo consultas para hacer poco ó para no hacer nada.... CASTRO lo que quiere son hombres que le rindan culto á la lealtad y al patriotismo, y que, en el ancho campo de la administración, no consulten, pero den resultado satisfactorio. Y es que el heróico caudillo andino, como Jefe de la Revolución Restauradora, cuyos altos ideales son ya bien comprendidos por todos los hombres honrados, puede erguirse, sublime de poder, en el centro de la Patria, y, abriendo los brazos, decir con el Mártir de Judea:

¡ Yo soy la resurrección y la vida !

Sí; Venezuela resucita: resucita lentamente, pero resucita; ya respira; ya no siente sobre su cuerpo exánime la pesada lápida que, en los consejos de la iniquidad, le pusieron sus propios verdugos; ya llega hasta sus pulmones, ávidos de aire, el oxígeno regenerador de una atmósfera pura, de un ambiente nuevo. ¡Ya se ha despojado de su pálida mortaja, y está acabando de ceñirse el manto esplendoroso de su augusta soberanía!

¡ Esa es LA OBRA DE CASTRO !

Ya lo he dicho : CIPRIANO CASTRO es el sol de la Restauración Liberal. La intensidad de su atracción detuvo el país, ya sobre el abismo, cuando su hundimento parecía inevitable; á su calor renacen nuestras decaídas industrias, florecen nuestras fuentes de riqueza, germinan ideales de progreso, y se realiza el proceso evolutivo del engrandecimiento nacional; su luz descubre, en el seno del porvenir, nuevos horizontes á la patria querida; y su influjo vivifica, mueve y dirije los demás astros que, en el sistema de nuestra reorganización política, forman esplendente núcleo cuyos rayos se llaman patriotismo, lealtad, valor, abnegación, rectitud, progreso.....

Cuando el enlace de los hechos más adversos á la vitalidad nacional, conjurados, en proporción creciente para consumar nuestra ruina, determinó el momento en que fue decretada por la sabia Providencia la restauración de la Patria, no se le ocultó que á su elegido para campeón de aquella heroica empresa, debía darle fuertes ayudantes, inteligentes órganos que, compenetrándose con el magno ideal de su predestinación, fueran capaces de comprender

sus designios y ejecutar su voluntad, no á manera de serviles corifeos que se inclinan ante el querer de un déspota, — que ni siervos ni tiranos acepta la dignidad republicana — sino como colaboradores conscientes, inspirados en los mismos propósitos, incorporados expontáneamente al séquito de los redentores, y dispuestos á hacer el sacrificio de la personalidad y de la vida en el ara de los intereses patrios.

Esto hizo al caudillo tan subyugador como denodado; y cada uno de sus actos, cada una de sus palabras, cada uno de sus propósitos, como chispas de una pira sagrada, inflamaron en santo patriotismo los corazones; y en rededor del Jefe se agruparon, prontos á sacrificarse, valientes luchadores en todos los combates de la actividad humana.

Se realizó la gran cruzada.

Nuevos combatientes se incorporaron á las filas de los triunfadores que, de victoria en victoria, desplegada la bandera de la confraternidad, daban la bienvenida á todo elemento útil y avanzaban en la realización de su obra.

La grandeza, la esplendidez singular de aquel triunfo, atrajo más prosélitos: unos, convencidos de que la Causa de la Restauración, liberal y robusta, era la salvación del país, le ofrendaron sus aptitudes sin restricciones, tomando plaza entre los leales; otros, los que ante todo ven su interés individual, y en los que la idea de medro sofoca los impulsos nobles, llevaban como único móvil ideas especulativas, sin que la esterilidad de su egoísmo les permitiera consagrar ningún recurso valioso al servicio del Partido.

Más ¡ay! cuando sobrevinieron los días de prueba, cuando la ambición, formidablemente armada, amenazaba echar por tierra la obra de tantos sacrificios, cuando un último furioso ataque de los especuladores políticos, pretendiendo reconquistar

la altura del poder, de hoy en más inaccesible para ellos, hizo bambolear la noble falange de los restauradores! Pudo dudarse si la Causa acaudillada por el héroe andino era un crepúsculo ó una aurora: crepúsculo de un breve día de revuelta de la honradez y el patriotismo contra los tradicionales de fraudadores del tesoro público, y violadores de la Constitución, parecía más bien que la aurora de una larga éra de paz, de reconstitución y de engrandecimiento.

Y fue aquella época azarosa la piedra de toque donde se probaron las convicciones; palabrería vana resultaron las sonadas protestas de muchos; vergonzosas deserciones descubrieron á otros hasta el fondo del alma; el decaimiento se apoderó de las medianías, cayeron todas las máscaras, y por sobre aquel cúmulo de rebeldías, traiciones, infamias, sombras, deserciones, cobardías y ruindades, se destacó gallardo el grupo de los leales, de los convencidos, de los inmaculados.

En sus bien templados corazones tuvo resonancia la inquebrantable energía de su Jefe, jamás abatido, jamás vacilante.

Y se vió fustigar á los agitadores al General *Juan Vicente Gómez*, honor de los valientes de la Restauración, intrépido, rápido como el rayo, comprando muchas veces la victoria al precio de su sangre. *Gómez* involucra el valor, la lealtad y el honor en su mayor plenitud.

Y de la gloriosa legión castrista, como él, se señalaron y se distinguieron, como grandes:

El Doctor *Jesús Torres Cárdenas*, abnegado compañero, consejero leal y discreto, sereno político, cuyo ánimo no flaquea nunca á la hora del peligro;

El General *Ramón Tello Mendoza*, magistrado intachable, plenamente poseído de la magnitud de

los ideales á cuyo desarrollo contribuye con esforzado impulso; ilustrado pensador que favorece eficazmente la instrucción del pueblo, como determinante de su elevación moral; hábil administrador, que halla recursos para atender debidamente á las múltiples empresas que á fuero de progresista acomete; escritor distinguido, de robusto verbo y brillantes concepciones;

Gumersindo Rivas, amigo fiel, en cuya alma no ha penetrado nunca el fluido sutil de la vacilación, probado en mil situaciones, vocero incansable de las glorias de su Jefe, propagandista de los ideales del partido, valiente adalid en las lides del periodismo, que, al par que enaltece á los fieles, fulmina á los traidores terribles anatemas con la indignación de quien ha hecho de la lealtad un culto;

El Doctor y General *González Pacheco*, valioso elemento en la paz como en la guerra, subordinado é insospechable, querido en toda la República por la rectitud de sus procedimientos;

El General *Jorge Bello*, el indomable defensor de la dignidad nacional, en San Carlos, cuando las poderosas naves extranjeras intentaron humillar nuestra augusta altivez;

El General *Celestino Castro*, que inteligentemente secunda en la Cordillera la labor del Primer Magistrado de la República; defensor gallardo de los fueros y del territorio de la Nación, con incontrastable empuje;

El General *Mariano García*, restaurador genuino de energía inquebrantable, valiente hasta la temeridad, inapreciable á la hora del peligro y que tiene la fidelidad por lema;

El Doctor *Lucio Baldó*, que ha recibido siempre la palabra de CASTRO cual si fuera la Santa Eucaristía, no ahora solamente, porque sea su ilustrado Ministro de Relaciones Interiores, sino desde

la época en que no soñaba aquel Jefe con los triunfos que, entre rayos de gloria, le reservaba en sus postrimerías el Siglo XIX;

Don *Miguel I. Leicibabaza*, encarnación de la actividad, y de carácter leal entre los leales, enamorado de su Causa é inteligente intérprete de los designios de sus Jefes;

El General *Esteban Chalbaud Cardona*, que merece toda la confianza del egregio Caudillo, porque es el sacerdote más austero del valor, de la cultura y de la discreción;

El General *Régulo Olivares*, el amigo insospechable, cuya lealtad corre pareja con su entereza de carácter y su valor;

El General *Simón Bello*, que ha demostrado ser por sus acciones, muy digno hermano del héroe que en San Carlos, infligió en la cubierta del "Panther" un recuerdo imperecedero de la intrepidez venezolana;

El General *Joaquín Garrido*, tan activo y valeroso en la guerra, como laborioso y progresista en la paz. Este legítimo restaurador es el prototipo de la lealtad y de la disciplina;

El General *Gumersindo Méndez*, adalid abanderado de la Causa Restauradora, tan sereno en el combate, como ilustrado en las decisiones de la administración;

El General *Manuel S. Araujo*, de bravura indómita, pronto siempre á sacrificarse á los intereses de la patria y del partido en que milita;

El General *Luis Varela*, el incansable luchador que le rinde fervoroso culto á la honradez y á la lealtad;

El General *Emilio Rivas*, estratégico y arrojado militar, quien, después de muchos combates, fue á cubrirse de gloria en la toma de Ciudad Bolivar al lado del General Gómez;

El General *Eliseo Sarmiento*; militar entusiasta por los triunfos de la Restauración y por el buen nombre de su invicto Jefe, y el cual constituye una de las más legítimas esperanzas de la patria;

El General *Francisco Linares Alcántara*, arrojado militar, aguerrido y audaz, pronto siempre á la defensa de sus principios en todos los terrenos, y que, teniendo en más el honor que la vida, desafía intrépido el peligro, sin arredrarse por haber recibido el bautismo de sangre;

Los Generales *Pedro María Cárdenas* y *Rubén Cárdenas*, que fueron de los osados invasores con el General Castro, y más tarde contribuyeron poderosamente á lanzar del territorio patrio las huestes colombianas;

El General *Pedro Linares*, que es la lealtad personificada, y el cual se halla siempre dispuesto á sacrificarse, si fuese necesario, por su Causa y por su Jefe;

El Doctor *José Cecilio de Castro*, austero en el cumplimiento de sus deberes, inexpugnable á la perfidia, consecuente hasta el fin;

El General *J. M. García Gómez*, importante personalidad, llena de merecimientos, consagrado al servicio de la República desde hace largo tiempo, y nunca desviado de los senderos del honor;

El General *Julio A. Zavarse*, Ingeniero y militar de muchos quilates, quien, como jefe divisionario, algunas veces, y como artillero otras, asistió en la última campaña á más de veinte acciones de armas. Además de todo ésto, es un notable orador, cuyo verbo tiende siempre á consagrar las glorias del General Castro y de la Cruzada Restauradora;

El General *Agustín García Poleo* tan valiente como ilustrado, y cuyos servicios á la Causa Restauradora nadie podría negar;

El General *R. Delgado Chalbaud*, quien, como

Jefe de la Armada Nacional, ha prestado á la Causa importantísimos servicios, distinguiéndose en la ruda campaña de Ciudad Bolívar, mereciendo altos honores del Jefe del País;

El Doctor *José R. Revenga* y Don *Juan Otañez*, cuyo partidarismo se ha mantenido incólume hasta en los más rudos días de prueba de la Causa Restauradora;

El Doctor *Carlos León*, iniciador y alma del movimiento reformista, y amigo leal y franco del héroe restaurador;

El General *Lorenzo R. Carvallo*, restaurador de principios firmes, perseverante y recto;

El General *Benjamín Arriens U.*, quien profesa al invencible Director de la Restauración, especial amistad, y ha demostrado en mil ocasiones su partidarismo inquebrantable á tan elevada Causa;

El General *Emilio V. Valarino*, quien ha hecho uno de los más importantes papeles en la política actual, cooperando eficazmente al éxito de las batallas, colaborando al movimiento reformista con fecunda actividad; que ha extendido y mejorado, como nunca lo estuvo, la red telegráfica de la República, y que, para mantenerla en actitud de funcionar, hizo esfuerzos imposibles, que coronó el éxito, en la última campaña;

Y los Generales Manuel, Tomás y Silvino Cabrices, Guillermo Aranguren, José Antonio Dávila, José Mª Díaz, Gutiérrez Méndez, Castro Zavala, Julio H. Bermúdez, Eustoquio Gómez, J. Velazco Bustamante, Rafael Mª Velazco B, Marcelino Cárdenas, José Mª Buitrago, Félix Briceño, Antonio Cárdenas Mora, Froilán Prato, Jesús Nieto, Francisco Parra Pacheco, Francisco de B. Terán, Francisco Jiménez Arráiz, Tesalio R. Fortoult, Eloy Olmos, Carlos Silverio, Carmelo Castro, Julio Bello, los Tellería, los Iturbe, J. A. Martínez Méndez, J.

M. García Izquierdo, Francisco E. Rangel, Francisco de Giulio Sánchez, Félix Galavís, Abelardo Gorrochotegui, Pedro Galarraga, Alejandro Pieters, Fernando Useche, Miguel Sánchez, Arias Sandoval, Ontiveros, Rueda, Carnevali Monreal, Eulogio Moros, Rufo Nieves y una infinidad más que se escapan á la memoria y los cuales forman la fulgurante *vía láctea*, en el anchuroso cielo de la Patria.

Son ellos las figuras culminantes de la gloriosa etapa actual de nuestra historia: sus nombres, que han sido ligados á los sucesos más trascendentales de la epopeya de la Restauración, serán pronunciados por las generaciones del porvenir con veneración y respeto; el relato de sus hazañas épicas se oirá con el mismo patriótico orgullo, con entusiamo igual al que provocan las legendarias heroicidades de nuestros libertadores, y su vida ciudadana servirá de ejemplo á los que, en lo futuro, quieran hermanar la elevación del poder con las prácticas sacrosantas de la democracia.

Por eso, comprendiendo que estamos aún, con haber avanzado tanto, en el comienzo de las labores de que resaltará el engrandecimiento de la República, tan espléndidamente iniciadas; convencidos de que en el alma de CASTRO está el germen de todo ideal de progreso, y que con él se marcha al triunfo de la honradez y del decoro, acércanse cada vez más al invencible andino, y con él, solo con él, proclaman el lema salvador de la Restauración:

¡ SIEMPRE ADELANTE !

Macuto - 1904.

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00032419035